

***El ente*, de Luciana Strauss (2018)**

Buenos Aires, Argentina: Alto Pogo.

Reseña por Marcelo Guerrieri

Universidad Nacional de las Artes, Argentina

En la novela *El ente* los espacios de un ente estatal de ficción son órganos que componen un ente en el sentido de ser; y también de monstruo, en el sentido que le daba el escritor Alberto Laiseca a lo monstruoso, como único en su especie; porque *El ente* es una novela de aventuras y a la vez una novela sobre la búsqueda del amor, una novela sobre las relaciones de poder y una novela sobre el trabajo en el estado, novela sociológica, novela realista, novela maravillosa, novela fantástica. Cualquiera de estas afirmaciones sería correcta y cualquiera errónea al mismo tiempo. Por eso lo monstruoso.

Son tres los personajes que hacen avanzar la narración. El entramado de sus metas y motivaciones compone el mecanismo que da vida al monstruo.

Rolly, rosquero de puestos, ascensos y recategorizaciones a cambio de sexo, privilegios, guita; su espacio, la terraza: bulín con parrilla, lugar idílico de banquetes secretos. Compuesto con retazos de machirulo incorregible y operador político, acelerado por la merca, el desafío de Rolly es mantener su lugar de poder, espacio en disputa con Nelly, su inesperada antagonista.

Nelly es una fanática de la astrología a punto de jubilarse; su espacio es el cajón, donde guarda mezclas todo tipo de porquerías: desde caramelos viejos hasta preservativos vencidos, yerba, esmaltes, formularios. Como si hubiera tomado una pastilla de chiquitolina, allí dentro Nelly interactúa en un mundo habitado por unos seres llamados entidades, que viven entre montañas de yerba, tsunamis de tinta y preservativos salvavidas. Un mundo con una vida social propia del cual Nelly es la reina y donde las entidades la adoran como a una diosa.

La línea argumental ligada a Nelly, personaje principal de la novela, compone un mundo de ficción diádico (Doležel, 1999), con dos dominios y metas diferentes. En el mundo ligado al naturalismo, ella participa como oponente de Rolly en la lógica realista de un ente estatal; allí su meta es lograr que su jubilación se dilate, para lo cual opera con los contactos afines que ha logrado conseguir a lo largo de los años. Por otro lado, en el dominio de lo sobrenatural, Nelly es diosa y reina del cajón, entre entidades —con aptitudes humanas, miniaturizadas— que habitan un mundo a escala microscópica que se encuentra en crisis por una catástrofe ambiental; allí la meta de Nelly es encontrar un boleto de tren, en cuyo dorso ella anotó el teléfono de un tal José Luís, vendedor de duraznos, del que se enamoró a primera vista en un viaje en tren. Su aliada en el cajón es la entidad tarotista, quien agoniza en un hospital en la otra punta del cajón. Llegar hasta ella le planteará un desafío en clave de novela de aventuras, con dos entidades amigas que la ayudarán a afrontar los peligros de la travesía.

El tercer personaje principal de la novela es Laura, “la nueva” —aunque hace dos años que trabaja en el Ente—, antropóloga, en el inicio de la narración está cayendo en la cuenta de que sus saberes académicos de poco le sirven para llegar a su meta, que es conseguir la recategorización que tanto anhela por el aumento en su salario que representaría; recategorización que, por otra parte, merece, ya que cuenta con el requisito para acceder a este beneficio: su título universitario. El ámbito de este personaje también plantea un universo doble, ya no en la línea de lo deóntico —lo posible o imposible—, como en el caso de Nelly, sino en el plano de lo axiológico, con la tensión puesta entre lo bueno y lo malo (Doležel, 1999). Aquellos valores que son buenos en el entramado de lo legal, de lo meritocrático —el título universitario, el saber académico—, son indiferentes en el mundo de la rosca, en la puja por obtener beneficios materiales, donde los valores positivos son las alianzas y tejemanejes. Manipulada por Rolly, quien la mantiene en su círculo de influencia con eternas promesas de ayuda para concretar su fin, Laura empezará a ver a Nelly como posible aliada. Es precisamente Nelly el elemento narrativo que habilita el pasaje entre los dos mundos que en Laura aparecen en tensión, es Nelly quien la ayudará a resolver la tensión entre lo que Laura merece y obtiene.

Por encima de las oposiciones en los mundos narrativos asociados a esta tríada de personajes, el mundo en el que todos los personajes de la novela se mueven también está atravesado por la lógica diádica. Las oficinas y pasillos, el comedor, el salón de eventos, la terraza, participan del mundo naturalista, con la lógica de posibilidad equivalente a las reglas del mundo realista. Difuminando los límites entre lo posible y lo imposible, el espacio de la Oficina de Personal, en el subsuelo, conocido también como El Infierno, genera un mundo intermedio (Doležel, 1999) que habilita la existencia de objetos inanimados con vida mental y de personas con capacidades no disponibles a las personas corrientes. Es así como Rolly, Laura y Nelly, al descender, cada uno, a este espacio liminal (Turner, 1988), vórtice entre lo natural y sobrenatural, deberán hacer frente a sus respectivos fantasmas más temidos, personificados en entidades sobrenaturales, en alimañas imposibles, en ataques de pánico y estados alterados de conciencia que amenazan con la locura.

Es justamente en este espacio liminal, entre lo posible y lo imposible, donde se resuelven las tensiones de la novela. En la manera en que opera la oposición natural/sobrenatural en el final es donde reside una de las mayores virtudes de la composición de la trama. Lejos de un final tranquilizador, con seguridades racionalistas, lo sobrenatural no se remite a una explicación lógica; pero tampoco es un final condescendiente —y tranquilizador también—, con la afirmación de un mundo otro, delirante, en el que los elementos sobrenaturales se revelan como existentes en el mundo ficcional. La novela se resuelve entonces por lo

fantástico, por ese espacio intermedio entre lo natural y lo sobrenatural, la novela apuesta a la duda, a la incertidumbre, y en esa incertidumbre, que deja en manos del lector, cesa la narración. Habrá, entonces, final feliz para uno u otro personaje según la manera en que cada lector resuelva esa incertidumbre entre lo posible y lo imposible.

Con estos mecanismos de oposición entre mundos ficcionales, la novela opone de manera inteligente la tensión entre la meritocracia y la rosca. En este marco, los personajes buscan el amor, los bienes materiales, la realización personal; tironeados por estas fuerzas en tensión, se manejan en un mundo liminal, fantástico, que compone una representación compleja de lo real donde lo simbólico tracciona el mundo del Ente y lo vuelve un mundo real-imaginado; así la novela es tan realista que se vuelve fantástica de manera que lo que se resuelve en el plano astral se resuelve en el material, y viceversa.

Bibliografía

Doležel, L. (1999). Mundos narrativos y Modalidades narrativas. En *Heterocósmica. Ficción y mundos posibles*. Madrid, España: Arco/libros.

Turner, V. (1988). *El proceso ritual: estructura y antiestructura*. Madrid, España: Taurus.